



Confederazione Mondiale Mornese Exallieve ed Exallievi delle Figlie di Maria Ausiliatrice

Via Gregorio VII, 133/B 00165 Roma

Tel. 06/39.37.51.31 C.F. 97070250580 www.exalliefma.org

“LA MÁS HUMILDE Y ELEVADA CREATURA” En camino con María maestra de ecología integral

2. La Reina de toda la creación

Linda Pocher, fma

Después de describir el cuidado maternal de María por Jesús y todas las criaturas, en el número 241 de la Encíclica *Laudato Si*, el Papa nos invita a fijar nuestra mirada en su condición actual: "Ella vive con Jesús completamente transfigurado, y todas las criaturas cantan su belleza. [...] Elevada al cielo, es Madre y Reina de toda la creación. En su cuerpo glorificado, junto con Cristo resucitado, una parte de la creación ha alcanzado toda la plenitud de su belleza".

En su catequesis del 23 de julio de 1997, el Papa Juan Pablo II había explicado bien el significado de la costumbre popular de invocar a María como Reina. Es una invocación muy antigua, que probablemente se remonta al siglo V, cuando el Concilio de Éfeso proclamó a María "Madre de Dios" y el pueblo cristiano sintió la necesidad de exaltarla por encima de todas las criaturas, reconociendo así su extraordinaria dignidad y su papel de intercesión en la vida de cada creyente y del mundo entero.

El Concilio Vaticano II, después de recordar la ascensión de la Virgen "a la gloria celestial en el cuerpo y en el alma", se refiere también a ella como Reina y explica que fue "exaltada por el Señor como Reina del universo, para que se conformara más plenamente a su Hijo, Señor de señores (cf. Ap 19:16), y vencedor sobre el pecado y la muerte" (Lumen gentium 59). El texto conciliar se remite así a la encíclica de Pío XII, *Ad coeli reginam*, que recuerda que la realeza de María no tiene nada que ver sólo con el misterio de la Encarnación, es decir, con su ser Madre de Dios, sino también con su presencia al pie de la Cruz, donde los primeros cristianos reconocieron en ella la nueva Eva, que misteriosamente participa junto a Cristo el Nuevo Adán en la redención de la humanidad.

La realeza de Cristo, de hecho, de quien depende y desciende la realeza de María, no se debe sólo de ser el Hijo de Dios: es en la consumación de la Pascua, de hecho, que toda la creación se recapitula en Cristo y que Él se convierte en su cabeza completa. Por eso el Evangelio de Marcos afirma que el día de la Ascensión el Señor Jesús «fue llevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios» (Mc 16,19). "Sentarse a la diestra de Dios", en lenguaje bíblico, significa compartir la realeza de Dios con respecto al universo creado.

En el cuerpo resucitado de Cristo y en el cuerpo glorificado de María, sin embargo, no son sólo el Hijo y la Madre en su individualidad quienes reciben la corona. Es toda la creación la que *ya pero no del todo*, alcanza la plenitud de su belleza. ¿No están todos los elementos de la creación, de hecho, de alguna manera encerrados y recogidos precisamente en el cuerpo vivo del ser humano? El agua, que constituye el 60% de ella, la tierra, de la que se alimenta y que permanece en ella en forma, por ejemplo, de minerales; fuego, o más bien el calor o más bien la energía que produce y que lo mantiene vivo; el aire, finalmente, o más bien el aliento, el respiration que, según el libro del Génesis, el ser humano comparte con Dios (Gn 1,7). En los cuerpos glorificados del Hijo y de la Madre, por lo tanto, un fragmento de la creación ya habita plenamente en la gloria de Dios, anticipando el destino que espera a toda la creación.

¡La realeza de María, por supuesto, no es de ninguna manera un sustituto de su maternidad! Al contrario: la maternidad de María, su esfuerzo por cuidar, define y caracteriza en profundidad su ser

reina. Precisamente como Reina de toda la creación, María tiene el poder de cuidar de todas las criaturas, sin excepción. A este respecto, Pío XII escribió en la Encíclica ya citada: "Teniendo un afecto maternal por nosotros y asumiendo los intereses de nuestra salvación, extiende su solicitud a todo el género humano. Establecida por el Señor Reina del cielo y de la tierra, elevada sobre todos los coros de ángeles y toda la jerarquía celestial de los santos, sentada a la diestra de su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, obtiene con gran certeza lo que pide con sus oraciones maternas; Lo que está buscando lo encuentra y no se lo puede perder".

Si, por lo tanto, también hoy, en nuestra vida cotidiana, podemos seguir experimentando la presencia amorosa y el cuidado maternal de María, esto es consecuencia de su Asunción al Cielo y de su participación en la gloria de Cristo resucitado, que los creyentes siempre han expresado a través de la metáfora de la realeza y la corona. En otras palabras: es la comunión íntima con Dios Padre, Hijo y Espíritu lo que hace a María Reina del universo y es esa misma comunión la que le permite intervenir en la vida de los hombres y mujeres de todos los tiempos. "Asumida en la gloria celestial, María se dedica totalmente a la obra de salvación para comunicar a cada persona viva la felicidad que se le ha concedido. Es una Reina que da todo lo que posee, participando sobre todo en la vida y en el amor de Cristo" (Juan Pablo II).

La glorificación celestial de la Madre de Dios está anticipada por el evangelista Lucas en el episodio del encuentro entre María y su prima Isabel (Lc 1,39-56). El fragmento de una antigua homilía atribuida a Orígenes (III d.C.), comenta las palabras dirigidas por Isabel a María así: "Soy yo quien debería haber venido a ti, porque eres bendita sobre todas las mujeres, tú la madre de mi Señor, tú mi Señora". El paso de la expresión "la madre de mi Señor" a "mi Señora" anticipa lo que unos siglos más tarde sería proclamado con fuerza por san Juan Damasceno, a quien llama María "Soberana": "Cuando se convirtió en la madre del Creador, se convirtió verdaderamente en la soberana de todas las criaturas".

Quizá una profecía más explícita de la glorificación real de María se encuentre entre las líneas del canto del Magnificat, que el evangelista Lucas atribuye a la propia María. En efecto, el canto se abre con la proclamación solemne de lo que Dios ya ha hecho por María, a saber: "ha mirado la humildad de su esclava". Unos versos más adelante, María afirma que ésta es la forma típica de actuar de Dios, que baja a los poderosos de sus tronos para elevar a los humildes. María, por tanto, precisamente por ser una "humilde sierva" está destinada a ser elevada. Y lo será verdaderamente, gracias a la victoria definitiva sobre el mal y la muerte del niño que lleva en su seno.

Quizá por ello Botticelli, en el espléndido tondo titulado Madonna del Magnificat, superpone los dos misterios creando una escena única: María está escribiendo el canto del Magnificat en un libro sostenido por dos ángeles. Su mano es guiada por la del Niño, que está sentado en sus brazos, mientras otros dos ángeles le colocan una corona en la cabeza.

El modo de actuar de Dios cantado por María en el Magnificat, ¿no está inscrito también, como su ley, en el corazón de la creación? Aunque se necesite la paciencia de los siglos para reconocerla, no es la ley del más fuerte la que prevalece en la tierra, sino la ley de la alternancia de las estaciones, la ley de la alternancia de la vida y de la muerte, en una inversión continua de las fortunas. Por otra parte, todos estamos destinados a morir, y ni siquiera la promesa de una futura resurrección puede preservarnos de este destino.

Pidamos a María la gracia de mirar las cosas y la historia de la creación según la lógica del Magnificat. Reconocer nuestra pobreza y abrirnos a la acción de Dios que trastorna las fortunas de los poderosos y de los humildes, de hecho, es un paso fundamental si queremos convertirnos realmente en colaboradores de Dios para el bien de nuestros hermanos y de la Casa Común, y constituye un momento indispensable en ese proceso que el Papa Francisco señala a todos los hombres y mujeres de buena voluntad con la expresión "conversión ecológica".